

CAPITULO XIII.

Descubrimiento del río Pánuco.—Desembarque en el puerto de San Antón.
Descubrimiento de la isla de El Carmen.—Puerto de Términos.—Escaramuza en Champotón.

El 24 de Junio de 1518, se dió á la vela para Cuba el capitán Pedro de Alvarado; y ese mismo día siguió Grijalva su viaje, rumbo al noroeste, con el designio, á su parecer, de acabar de averiguar si la costa que veía era isla ó tierra firme. Llegó hasta cerca del río Pánuco; pero, el 28 de Junio, el piloto Antón de Alaminos hizo serias objeciones para continuar la exploración, fundándose en que ya estaba bien seguro de que aquella tierra era continente, y no isla; y que continuar la exploración era cosa vana y expuesta, porque les podría cojer un invierno con malos tiempos, y experimentar naufragio ó algún otro siniestro accidente. Hubo de convenirse Grijalva, y, volviendo la proa á sus carabelas, se puso en vía de regresar á la isla de Cuba.

Mas, á poco de haber vuelto la proa á las naves, asomaron por el oeste catorce ó quince canoas tripuladas de indios, y, entremezclándose con las tres carabelas, mostraron determinación de combatir las, por más que les hacían señales marcadas de paz. Las flechas caían en gran número á bordo de las embarcaciones, y sufrir aquel ataque sin des-

quite hubiera sido envalentonar al enemigo, y exponerse á que entrase al abordaje; por lo que no hubo sino poner en juego la artillería, las ballestas y escopetas. Y fué de sobra, pues apenas los indios vieron caer á algunos de los suyos descalabrados ó muertos, se pusieron en apresurada fuga, y desaparecieron rumbo á tierra, en tanto que los buques, en sentido contrario, siguieron su camino hacia el sudeste.¹

En este viaje de retroceso, volvieron á pasar por el puerto y río de San Antón. La entrada de este puerto, aunque peligrosa por los muchos bajos de que estaba sembrada, atrajo á los españoles por la necesidad que tenían de agua y de componer la antena rota de un navío. Anclaron, pues; desembarcaron, y aun permanecieron allí² tres días, hasta el 16 de Julio. Al fin hubo de soplarles buen viento, y lo aprovecharon para darse á la vela; mas estaban todavía saliendo de la barra, cuando el navío almirante encalló, y con grande trabajo pudo volver á flotar, pero bien averiado y haciendo agua. Fuerza fué volver al puerto de donde habían salido, para reparar el desperfecto. La avería había sido gruesa: fué indispensable descargarlo, y con este alijo pudo entrar y fondear para ser reparado: los otros buques retrocedieron al puerto, y la tripulación y soldados desembarcaron. Reconocida la embarcación averiada, se comprendió que la composición no era leve y de pocos días, sino de bastante tiempo. Se asentó el real en la costa, y construyeron

¹ Oviedo, op. cit. tomo I, pág 529.

² Fernández de Oviedo.—El *Itinerario de Grijalva*, asegura que estuvieron quince días.

casas de paja para guarecerse de la intemperie, que era excesiva, como que corría la estación de las lluvias y el tiempo no estaba sereno.

Los calafates se pusieron á la obra, y empezaron entretanto los españoles á recibir visitas de los indios, que se entretenían en cambiar hachuelas de oro bajo con sartas de cuentas de vidrio. La bondad de estos indios volvió á excitar á los españoles á quedarse en aquella costa, pensando que allí podrían hacerse ricos y felices; y, como Grijalva quisiese reprimir y disciplinar á su gente, el domingo 18 de Julio, después de misa, promulgó ordenanzas prohibiendo que se hablase de poblar ó se hiciesen ligas ó contratos contra lo que él mandaba. Los tratos de los indios, no los prohibió la ordenanza en lo absoluto; siguieron, pero en provecho de Velásquez, pues Grijalva á nadie permitía cambiar y comprar metales preciosos para sí, y toda operación quería que fuese en beneficio de su señor: las pocas veces que algún soldado conseguía hacer á ocultas algún negocio, acababa por fracasar, porque siempre llegaba á oídos del capitán.

Concluída la reparación de la nave capitana, salieron de la barra de San Antón, y se echaron á la mar con dirección á la isla de Cuba. Los vientos, no obstante, les fueron contrarios, de modo que poco adelantaron en su camino, y empezó á faltarles agua, á pesar de la provisión que habían hecho. No hubo remedio sino buscar la costa de nuevo, y, echándose más al sur, llegaron, el 17 de Agosto, á un puerto al cual Grijalva hizo llamar Puerto de Términos, porque Antón de Alaminos expresó que este puerto era como término entre lo que él supo-

nía dos islas: la «Isla Rica» ó Yucatán, y lo demás del territorio mejicano.¹

Bajaron á tierra á proveerse de agua, y encontraron la isla de El Carmen tan agradable, hermosa y provista de vegetación, que permanecieron allí hasta el 25 de Agosto. Se conocía que la isla era muy visitada por los indios de las comarcas circunvecinas, porque, en las exploraciones que hicieron los españoles, encontraron ídolos de barro en posturas contrarias á la honestidad, y con señales de haberseles rendido culto. Pero si estas huellas indicaban haber venido allí gente en peregrinación, ni vinieron peregrinos mientras los españoles permanecieron, ni se encontró vestigio alguno de haber estado la isla habitada. Lo probable es que siempre hubiese estado despoblada, y que, de tiempo en tiempo, los indígenas del continente la visitasen para entregarse al culto de sus torpes deidades.

Aprovecharon los españoles su permanencia, para surtirse de agua, carne y pescado; y luego, embarcado todo, se dieron á la vela, rumbo á Champotón. El 1º de Septiembre, pudieron anclar á cuatro millas enfrente de este pueblo cuyo sólo nombre hacía hervir de colera los corazones castellanos, al recordar los sufrimientos de la pasada expedición. Estaban ganosos de pelear, y aun andaban aparejando las armas, como si fueran á entrar próximamente en batalla; pero el capitán no quiso que desembarcasen aquel mismo día de su llegada, y prefirió prepararse para el día siguiente. Ordenó al buque de menos calado que se aproximase á tierra

¹ Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 533.

cuanto fuese posible; pero antes trasladó á él toda la gente de desembarco, bien armada, y lista para dar el golpe al amanecer. Desde el puente del buque se oían los tambores de los indios, que ocupaban un islote cercano coronado de una especie de castillo; y no era dudoso que estaban en espera del ataque, y que no se les podía sorprender como calculaba el capitán. Se desengañó éste cuando, al punto del alba, vino en un bote, y supo cómo los indios habían estado en vela toda la noche; pero empeñado en la empresa, no quiso retroceder, y metiendo á sus soldados en unos botes, pensó echar pie á tierra en el islote, junto al castillo en él construído.

El primer bote pudo atracar á tierra sin ser sentido, pero aun no habían tocado la orilla los otros, cuando los indios acometieron con furia á los que habían desembarcado, y el mar se cubrió de canoas que de la costa inmediata se desprendieron. La refriega se hizo general tanto entre los de tierra como entre los que venían por mar: fué necesario usar de la artillería, y sus tiros echaron á pique una de las canoas. Con esto y con la vista de algunos indios que cayeron muertos, pronto quedó el campo por los españoles: algunos minutos después no se veía un sólo indio en el peñón, ni menos en el mar: las canoas se habían ocultado de la vista, pero el pueblo de Champotón se distinguía desde allí, no lejano, con sus palizadas, albarradas, y árboles frondosos. Los indios, sin embargo, no estaban vencidos, y con sus gritos, alaridos, bocinas, y tambores, mostraban que, aun derrotados, se habían rehecho, y no estaban dispuestos á ceder un palmo de tierra sin combate. Esta perspectiva no

agradó á Grijalva, no por cobardía, sino por obediencia estricta á sus instrucciones, por lo cual, vista la actitud belicosa de los de Champotón, desistió de toda invasión y, volviéndose con toda su gente á los buques, siguió al día siguiente su viaje con dirección á Campeche.¹

¹ Fernández de Oviedo.—Fray Bartolomé de Las Casas.—*Itinerario de Grijalva*, pág. 505.